Con	roca,	s	do a	de	s	ntes	mas	suen
la	de	com	perp	una	desp	cons	y	an
ayud	ese	o un	etrar	nece	ropo	truid	suge	com
a de	obst	ataq	sobr	sida	rcion	os	renci	o
esa	ácul	ue,	e el	d	adas	sobr	as	rios.
venti	o	habr	medi	ridíc	y	e la	exig	
lació	que	emo	o la	ula.	edifi	sátir	ente	
n	ofrec	s	sínte	Apu	cios	a.	s	
recíp	emo	llega	sis	esta	erra	Bro	que	

criadero.livejournal.com
criaderoenseres@hotmail.com

SOME RIGHTS RESERVED
Attribution-NonCommercial-NoDerivs 2.5

leandro ramírez **detona en tu comida**

©2004

buenos aires

Esto es un nuevo tipo de crimen. El espacio de silencio entre los ruidos que me obligo a soportar. La casa de las muertes grotescas, la horca que derriba mis excusas enormes.
Qué es esto.
Toda esta cosa bastante extraña, me asusta en contra de mis nombres que hundo. Toda la canción gira en torno de esta trampa: Qué es esto.
Y resulta tan saludable alejarme de las venganzas, que casi me siento curado. Aunque es mi interés declarado reincidir.

Pero no hago trampa.

Consideremos este encuentro como lo que es. Una cena apresurada de personas que cuelgan de las paredes. El sabor detenido en el tiempo.
Unos vampiros iniciados murmuraban:
— Me da miedo la gente común.
— Conspiremos escondidos dentro del agua.
— Mojemos en la calle nuestra clave mojada.
— Acá tengo víctimas, personas ahogadas.

Yo odio a todos esos vampiros. Fingen su interés en la violencia. Me traicionaron.

Ustedes viven conmigo un tiempo artificial. Pero yo lo acepto. No voy a contarles la historia de los artistas que matan. No quiero cansarme. No quiero encender los leones.
Merecen vivir y escaparse de mí.

Hoy me dijeron que ya es imposible intentar hablar de literatura. Y sé que mi primera novela funciona como el oxígeno abandonado en un buen cuadro. Y nos detenemos parar hablar en serio con esa gente de la que te estuve hablando. Yo sería un buen encuentro con la lucidez, una especie de puerta para los otros hacia todo lo que no soy yo. Pero en ese sentido se derrumbarían de antigüedad mis ganas, como pronto lo van a hacer todas estas ciudades que procuro citar con tanto cuidado. Y muchos de sus parientes se detendrán a comprar unos zapatos a punto de pasar de moda, a punto de morir, en el momento vulgar y grandilocuente que se abre de las cajas y es mi sorpresa.
Con un amigo queremos detonar una bomba en el estudio de un programa de televisión, mientras se transmite en directo. La novedad es esa. Las explosiones, la traspiración que encierra una boca con el silencio. Lamentablemente, voy a dejar que la posteridad me confunda con un resentido de los hervideros. Nunca viví allá. Pero hablo como si esto fuera

un testamento o una obra maestra, o un pase gratis al lavatorio. No es otra cosa, en verdad, que una manera de evitarme.
Y después la música.
Voy a ser sincero. Salvo que no entiendo mi idea de sinceridad.
Si alguien ve que en algún momento dejo de sujetarme, yo doy por legítima la publicidad que flota de a litros en el estómago del cielo.

Los vampiros tocan una a una las puertas del edificio. Los vecinos los reciben atareados con sexo oral. Huelen ahora la pólvora y los demás condimentos. En el departamento más perfumado se preparan mechas caseras, y se abre la llave de paso del gas. Lautréamont complica el ánimo de todas las clases sociales. Principalmente a los sonámbulos. Estas son las instrucciones inmediatas.
Destruido dentro de la crisálida
embadurnada con el aire de torturadores aztecas. O en el apartado de esos túneles colorados, donde se sueltan diferentes cadáveres de la música. Allí sucedió lo que ustedes creen que estoy contando. Yo pasaba música encerrado en La Píldora. Les pusieron nombre a las habitaciones y me bautizaron. Y como no existen libros eróticos para videntes, me dediqué a coleccionar cualquier cosa.

Ellos componen ahogados. Y en la casa de Ezequiel masticaron ramas, garabatos elásticos, comida japonesa, Dyango, la niebla. Ezequiel es un dibujo.
No entienden nada.
— La semana pasada regresaron los representantes. Ese secreto que te dije.

La semana siguiente Ezequiel recibió visitas. Dos vegetales de Holanda. O de cualquier lugar lejos y caro. En otra sede de la cooperativa, fueron propuestos como sospechosos ejemplares. Les seguían el paso de cerca.
Una vez se estuvo cerca de recibirlos y de captar su sabiduría movediza. La clave del cóctel eran los invitados, refrenados por la misión jesuítica. El labio blanco envolvió cada secuencia, y nos fuimos masticados en un plano. Huían con la comida abierta sobre el nombre. Se mencionó el argumento de mayor importancia. No hubo tiempo para deformar nada. Y la misa de su mujer se convirtió en una bien velada manera de embriagar.

Yo no puedo hacer nada. La verdadera historia retuerce su propia ética sobre el látigo. Ezequiel se desenvuelve como un fanático, los invita a recorrer la ciudad. Las nubes se habitúan a la mancha rara de los ojos. En el piso, los turistas encuentran una grabación extraordinaria, salen a talar los fríos y se olvidan en qué ciudad están. Buenos Aires pasa a ser un registro de ecos clones, que acuden frenados o rayan las antenas con los anillos. No conviene que exista. Y sin embargo hay muchos aficionados a los deportes resbalosos. Uno de los de Holanda pulsa play. Una bandada de autos penetra transversalmente en la habitación. Señores, el primer atentado. Lo traían en las comas las leyendas manuscritas de Turquía.

Era crítico de Meadas En El Piano, una nueva especie de música ambient con mucho de happening, por supuesto. Las cortinas de su dormitorio, unas vacaciones breves en Argentina y la adquisición de esa escultura neopagana no estaban contempladas en el presupuesto inicial. No conocía la manera exacta de prostituirse, entonces empezó a venderles oro a los coleccionistas.
La Posesión. El nombre de la casa en la que volcaban cuadros con escenas domésticas. Arena Verde. El nombre de la mujer que vino a comprar ese fruto del contrabando. Esa obra magnífica.
— Si podemos vivir así, es gracias a todos nuestros contactos asiáticos. Yo no dejo de agradecerles.
Les dolía. La satisfacción de los abogados tuvo que ser siempre grosera. Nadie habló a su favor. Y los dos amigos extranjeros se mataron y hoy no existen. En el plano estético. Es decir, tomaron malas decisiones y hoy quedan fuera de esta reunión. Sin embargo, y sin que nadie me respete como médium, puedo comunicarme con ellos. Ustedes ya no están en condiciones de sorprenderse.
Con una delicadeza que confunde a los menos entrenados, el representante se acerca al estrado y se sirve té dentro de los ojos. El sentido de la mayoría de las canciones es darle ritmo a la vegetación. Moverlos con cualquier viento. Todo es así de horrible, y nadie vino acá para sentirse conforme con lo que pueda llegar a decir el otro. Por eso algunos se criaban fuera de estas catedrales. Pero donde había un mínimo encuentro de escepticismo, dos o tres sonámbulos le ponían nombre al recinto. Y de la cruza de miradas dominadas por distintas pantallas de comedia, surgió el objeto del oro huérfano. Sirviéndole de piel. Nadie quedó libre, salvo los compradores.
Y en la compra sucesiva de los símbolos, en la ingesta de los símbolos de esos delitos, encontraron un distanciamiento cromático. Huyeron como viejos cobardes. Y fueron reconocidos.
El verdadero espionaje se precisa cincuenta años antes o cincuenta años después. Ezequiel y sus personajes están desorganizados. Reciben la ayuda contradictoria de una serie de profesionales. En el extranjero, al tanto de casi todo lo que sucedía, deciden hacerles precio.
— ¿Quiénes más fueron perjudicados? Sostienen una teoría que se deshace al tocarla con los dedos. Un encuentro preciso entre las madres de esas adicciones, haría revolcar de risa hasta al más anticuado de los inocentes. La necesidad con la que tiemblan por demoliciones es relativa. Y en esto comparto la opinión de las adolescentes que sueldan sus cicatrices en las bolsas de pasta base. Son solidarias con el reencuentro de la institución correccional y las castas de seminaristas extraterrestres. Esto es todo lo que yo diría si me pagaran para decirlo, pero el caso es que todos los voceros reunidos son farsantes. Ninguno vive con tanta pasión la farmacopea. Yo sí. Yo le hago un bien a mi país.
— Pero bueno, no me susurre. Acá no hay nadie que pueda escucharnos.
El teniente es una mala persona. La situación es la siguiente: Después de incautar todas esas fornicaciones materializadas, después de comer información como un estúpido, vendió a su gusto las pocas obras que quedaron sin babosear. Ahora vamos a tener que empezar

con este negocio desde cero. Sí, es una picardía, una lástima. Justo que empezaban a comprarnos los conductores de la televisión.
— A medida que el asunto nombrado se convierte en un laboratorio de dignidades, yo empiezo a tener ganas de resaltar los errores de estos viejos enfermos que nos hundieron. Y como antes que nada sabemos destruir, me parece que no está de más tratar de perfeccionarnos. Yo soy el que lanza las primeras piedras sucias. Y las más horribles e injustificadas van hacia los ojos de las voces en off.
— Este es el lugar que siempre desee para toser sobre nuestras abuelas.
— Entonces sí, te contrato. Vos sos una especie de hermano mío. Hagamos todavía más concreta esta antigüedad.

“Hagamos todo un poco más evidente”. Esa era la frase que colocaron en sus remeras estos dos agitadores desbordados de lecturas políticas sangrientas.
— Pendejos mal agradecidos.

Pero las aberraciones llegaron igual. Se sucedieron, pese a las principales amenazas de la prensa, con una organización implacable y por todos lados ansiosa. La delicada confusión de su factura volvió locos a los investigadores. Y no pienso declarar nada más al respecto. Los acusados están bajo mi tutela.

— Entonces usted tiene que devolverlos. Es su deber como ciudadano.
— Eso intento.
— Además, sabemos que es alcohólico.
— ¿Quién?
— Usted. No quiero insistir mucho en el asunto, pero es algo que se sabe.
— ¿Y eso qué tiene que ver?
— 01010101010101010101010101010101010101
— Entiendo. Todo bien, pase a buscarme.

Pretendió arrancarlo de sus libaciones irresponsables. Pero cayeron los dos sobre el suelo del living. Un personaje de la farándula más católica y crucificada entró por el tomacorriente, y se inyectó en el pecho antibióticos para caballos. Este texto es robado. Pero vale la pena igual. Es un fetiche lamido en las horcas por los inútiles. Soy un secreto. ¿Es eso digno?

Los fantasmas licuados. La rotación vengativa del mundo sobre su eje.

Un encuentro con las infracciones sofisticadas del agua dormida. No es nada. No hay importancia en los ronquidos de esos diplomáticos adolescentes. La cuestión es dejarle al amante de las bombas muertas, una oportunidad para hacer la pregunta de rigor que ya se apaga.
— ¿Quién puede decir de sí mismo que es humano? Lamentablemente todos. No sé si para bien o para mal.

— Para mal. Es evidente.
— ¿Y a vos qué te pasa, desgraciado?
— Nada. Soy una antena rota.

0101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101010101Pero tu alarde de frescura lo único que hace es interferir con orden en esta red caótica que tan cómoda nos cae. Sos desubicado. Sentite mal. Otro tipo de palabras, otro modo de dar las gracias.

Las sorpresas que el incendio derrama, calladas, envuelven la doma de las personas. Desde la perfecta paz ruborizada, sacudida verde entre los capullos de mechas que dan órdenes. Hasta las enredaderas de látigos vertebrales, de centros colosales y lánguidos como la hermana de Marina.
En el encuentro restante que hamaca mis ojos. Nutridos por la saliva de las tintas enamoradas. Cien navajas, kilos de incesto petrificado. Moles de algodón cadavérico. Cartas *echadas* en el tramo angosto de las perturbaciones saludables tántricas: Deporte - Aves - Suceso drástico emparentado con el solfeo de los representantes. Así la comitiva encierra animales de nombres no seleccionados para el catálogo definitivo. Esto. Más una lucha de emblemas agotados. Funciones hambrientas deterioradas y cocinadas por nenes en las antenas.
Y sobre las revistas y el rocío inalámbrico de sus narraciones, aglomerados con el rostro insoportable, los domadores se afilan. Es la retórica lo que no nos deja dormir. Es el cuidado que emplean para usar las comidas como dagas. La esfinge ahorcada con la arena. Todos debemos montar a los rehénes.
— Esa es mi indicación.
Más tarde, cuando revolcaron hasta acá ese edificio plagado de lavanderías, nos resulto más fácil comer jabón todos los días.
La gota de penitencias morales, grave, corre por el mentón de los siervos. Lo que se comenta de ella, es decir, su existencia paralela, cobra la apariencia de una persona elástica. Sobrios, los sastres conversan con las raíces verticales selladas. Familias. Androides que rechinan. Analizan propagandas anarquistas dispersas en los envases de productos congelados. Construyen una súplica correcta que dirigen a los representantes de la promesa de la democracia. Nuestros amigos huyen y pierden los ojos en una bolsa. Pero su desesperación sintomática nos acaricia con preguntas.
Mandamás de poca monta. Raúl. Jefe de frigoríficos. No logra distraernos de nuestra principal ocupación. La generación espontánea e indefinida de explosiones nupciales. Pictóricas. Generales. Secretas.
— La mentira al servicio del horror inútil.
— No, todo lo contrario. Y no es para vos.
La materia de las maquetas respetables . . . es demasiada tristeza cocida. Las obras maestras, respetadas por los abogados y los dentistas, son sutiles evaluaciones o entrenamientos militares sexistas.

— Los servicios de inteligencia se están esmerando en formar civiles solidarios. Reparten un poco de su tecnología. Gotas. Y creemos que tenemos todo a nuestro alcance. Están convencidos de que sabremos ocupar su lugar. Comprenderlos y estrechar lazos. Prepararnos para continuar su bautismo de mugre tonta.

Las discusiones se ampliaron en el sentido del autoritarismo cósmico. Ahí pasa un abuelo por la calle. Lleva una valija. Le dibujan en la camisa una flor con aerosol rojo. El viejo produce un grumo con miembros articulados. Le cae de la nariz. El grumo va hacia el kiosco y compra cigarrillos. Se sube a un colectivo. No se despide de nadie. Reflexiona sobre cómo podrá ubicarse. Decide buscar un trabajo.
Traté de manchar con nafta las capas revueltas que envolvían el cortejo. Pero estaba lleno de guardias. Por todos lados vigilancia. Entonces hablé con el Conde y conseguí su autorización para retirar especias de la bodega. Así empiezo a trabajar en el laboratorio. Más o menos por casualidad. Ponía música y me concentraba como un profeta en las reacciones de los elementos. Fue alrededor de la energía de esos días que tejí lo que más me importa del proyecto. De repente mis escritores amigos se convertían en gárgolas. Y la masonería internacional empezó a acosarme por internet, hasta que decidí aceptarles el encargo.
Manuel no termina de cabalgar sobre su almuerzo. Suena el teléfono. Eso desencadena nieblas por toda la casa. Bestias producto del collage, carteristas de elite, Hegel callado, Hugo comiendo de la fuente que revienta. Da vuelta la cama y sale a la calle. El teléfono ahora chilla.
Cada prenda que desaparece en el núcleo que sometemos a examen. Cada trozo de pescado decorado con novelas. Esas cosas dejaron de temblar y pulirse solitariamente. Sobrevino una tregua y acampamos en el lenguaje convexo.
— Con una palabra el mundo se dobla.
— Me interesa aclarar que no estoy riéndome de los nervios. Considero las capacidades plásticas de los músculos de la risa. Estoy por construir un teatro en terrenos del Estado.

Ahora que vuelvo, tampoco voy a hablar demasiado. Tengo dos cosas que hacer. Una: Exaltar lo vital en los truenos de imbecilidad. Otra: Hacer el amor con arañas. Es decir, evitar recuerdos por medio de golpes y tanteos en la habitación apagada. Ya me siento bien. Soy un hombre público. Duermo en el inconsciente colectivo. La comida tibia desangrada. El talento de vivir sobre las falsificaciones superiores. Sociedades y nidos que se perfilan como icebergs anclados.
La confusión-huésped se resiste a adoptar el esquema intacto de las pirámides. Porque es una persona. O una relación de amplitudes. Y en ese tema no hay nadie mejor que los autómatas para fregarse la ética con las maniobras de contención.
— Reconozco con ustedes que la libertad siempre responde a un vicio. Nadie emprende esas preocupaciones si no es por una adicción sutil a la esperanza. Mi experiencia en las clínicas juveniles me sirve de bastón para opinar mientras orino.
— ¡Los viejos a los cines!
— ¡Dejémoslos solos!

— Respondo por el hacinamiento-vertebral. Aura y fluidos que son un cuerpo animal. Principalmente animal. Informaciones que beben tinta y envuelven la filosofía de los próceres usureros. De los que ustedes se sienten orgullosos. Van a envejecer dentro de los cines. Recibiendo allí la medicación. Besándole la boca a las Naciones Unidas.
— Mientras tanto nosotros haremos otra cosa.

Mientras la aurora de esta ciudad que menciono comienza a proyectar imágenes sedantes, mi sistema nervioso es la zona en la que el juego de una mujer hace temblar los idiomas. Tratamos de arrojar los miedos automáticos. Durante años, mientras no nos conocíamos, creíamos que eran sábanas lo que hoy nos parece un montón de esqueletos acumulados. Por eso ahora somos felices. Como el que clava en la espalda del enemigo un cartel con bromas. Que después explota y lo mata. Y nos reímos.
— No sé si usted habrá sentido algo parecido. A veces, cuando tengo una guitarra entre las manos, me dan ganas de transformarla en una pelota o un animal, y arrojarlo por ahí para que haga su camino.
Deshonrémoslos.
Sobre la costra que ellos acarician.
Explota en tus manos.
Y tiene olor a personajes muertos.
De acá para atrás todo huele a nueces antiguas.

“Confiesan su profunda voluntad de ascetismo circense. Patriota.” No esperemos más. Corramos sobre las sogas con las que ellos se ahorcan. Esta es la tregua espectacular que prometimos.
Enroscados en los cables por los que corre la información robada. Escena uno: Brillo. Bombas. Abuelas deformes atrincheradas en las tiendas de estupideces. Artistas encintados a sus cuadros. Periodistas avant garde sumergiéndolos en fosas llenas de pintura roja. Corroboración del estilo. Entrevista radical. Homicidio delicado. Escena dos:
— Dedico la fase superior de nuestros síntomas a los ciu*dada*nos curiosos. Espero que las instrucciones sean legibles. Si no conseguimos entendernos, tenemos una alternativa más. Podríamos bajar hacia el nivel semiótico de la cábala y ejercitar nuestro hermetismo. Pero prefiero seguir intentando con la lengua traicionada. Sólo porque me divierte. Fuera de este edificio, salvo en El Hotel o en La Píldora, ustedes serán el muro. Y con esto cierro la reunión.
— Quitándole la palabra a mi compañero, les recuerdo que mañana publicaremos debajo de la tierra sucesiones de ruidos exclusivos.
— Es verdad.
— Sí, es verdad.
Escena tres: “La revolución de los jóvenes siempre es válida.” Lucio Fontana escribió esto detrás de uno de sus cuadros, mientras nosotros lo veíamos. Después lo recostamos en el piso y lo absorbió la música. Es una pena que no podamos incluir las fotografías. Escena cuatro: Un lienzo de catorce metros de ancho por cuatro de largo. Con aerosol negro

dibujamos sobre la superficie toda serie de dibujos caprichosos. Después se destapan latas con distintos tonos de rojos y narajas. Materia que es arrojada contra el lienzo.
Empleando esos rifles que disparan cartuchos de pintura, se compensa la vibración de los colores arrojados. Los impactos de los cartuchos se ubican generalmente sobre los dibujos en negro.
Más tarde, con la debida protección, una persona hace que recorre solitaria las instalaciones. Un grupo de expresionistas le dispara con los rifles. La persona reacciona y saca un aerosol plateado de entre sus ropas. Con gesto provocador, dibuja sobre el lienzo un helado. Le vuelven a disparan con más pintura roja. Entonces arroja el aerosol a sus acosadores y se retira de la situación.

— Todavía merezco desconfianza. Lo advierto en las preocupaciones de mis vecinos defraudados. Me ven alimentarme en el suelo de las Fábricas de Nada Claro, amordazado con los demás participantes. Muy cuidadosos se acercan por las claraboyas empañadas. Observándome procuran leer mi futuro. Y creen que mis compañeros son otros insectos sueltos, iguales a los comediantes que desde abajo de sus casas los acosan en los sueños. Lo cierto es que después de lamentar nuestro destino que no conocen, vienen acá a buscarnos por algún motivo. Adquieren restos de escrituras paralelas.

— Ahora tenemos esta presencia combinada de militantes de diferentes monólogos. Y es el material sobre el que elaboramos un plan de actividades satisfactorias. La primera de ellas es realizar una película que se ofrezca como contracara del cine mudo. Es decir, manejamos una música que algunos de nosotros tomamos por burla y otros por justicia. Vamos a grabar un disco. Pero nos interesa presentarlo en situación de proyección. Si esto merece instrumentar mentiras por medio de la propaganda, el asunto será evaluado y supongo que se decidirá lo mejor. La segunda actividad preferimos desarrollarla en el contexto de cualquier celebración. Se trata de jugar bowling arrojando una lata de pintura entreabierta, volteando portarretratos cuyo contenido aún se está por definir. Aunque desde ya me inclino por poner una buena selección de aquellos textos que nos ahorcan de una u otra manera.

— Es la sobra de descendientes. Puede provocar una angustia fatal en los temperamentos televisivos nacionalistas. Entonces se halla la manera más natural para burlarse de estas reacciones roñosas. Porque se ubican mientras escupen en el centro de las escupidas. Y como no miden el veneno, nosotros tampoco medimos nuestra culpa. Asociados con algunos perseverantes desinteresados, contraímos la intención de materializar una orgía de auras. Es el punto de la cuestión que todos en la última jornada consideraron de carácter esotérico. Para empezar a restar enemigos alucinados, yo enumero por lo bajo la siguiente lista de objetivos. Ustedes deben prestar atención. Es el servicio más definido que en estos días voy a ser capaz de brindarles:
* Con las tentativas subversivas afinadas en el orden pictórico, modificamos este mundo como si fuera la porquería que es.
* Andrade, tenés la oportunidad despectiva de hacer tu negocio donde quieras.

* Y vuelvo a encontrar oportuna la disputa de estos moluscos entregados sobre la alfombra roja. Esta futura desintegración de los nombres de nuestra incógnita. El encuentro amoroso más festejado fuera de las fronteras. Este número ha sido el rival de las pasarelas ansiosas. Barren su noticia de los meses que vienen, cargados con los diplomáticos que se entregan a la nueva plástica. Mentiras. Yo entrego el correo en esa zona. Los reconozco.
00000111000000000000000000001100000001es el próximo capítulo. Escuchemos esto:
— La espera que observamos, como el estado que prefieren nuestros entrenadores, puede resultarnos provechosa. Todo esto que digo lo repito como una máquina.
— Conocí a Marina trepándonos por las paredes de una farmacia abandonada. Polemizamos como fanáticos, pero usando el tacto como medio, nada más. El lenguaje metafísico es estúpido. Las frases por dentro están llenas de profesores.
Pusimos trampas por todas partes.
Lo digo después de haber intentado contribuir con los depósitos de ficciones que crían burócratas asexuales. Todo lo que conseguí fueron diarios de personajes echados a perder por el esteticismo. Decidimos que después de leer eso nos iríamos lejos. Hoy vivimos en una zona autónoma permanente. Nos mantiene una pareja de publicistas espías.
— Lo que importa es desenvainar los instrumentos ilegales. Sentarnos a la mesa y hacerlos sonar sobre la comida servida. Para que puedan atragantarse los que no nos caen bien. Después podemos llevarnos los platos a medio terminar. Cenar en la habitación de al lado. Y si vienen a quejarse en grupo, o mandan a uno de sus representantes, le aplastamos el arma con un busto de mármol peruano. El rostro y los hombros de un vecino desconocido.
— Usted no entiende la satisfacción que a mí me genera rociar con nafta los pañales de su padre. Creo que piensa de mí que soy un frío artista conceptual, un chanta, un socio del aburrimiento de las clases. Pero no se indigne, déjeme terminar de hablar. Yo trato de enderezar sobre la mugre, un fragmento de testimonios y fotos prohibidas. Para que pueda imaginarse que este aceitoso mundo del espionaje es tan absurdo como sus propios conflictos familiares. Y no se trata de promover una actitud contemplativa frente a la vida. Le quiero vender un buen fuego para que usted tiemble un poco, para que aprenda a bailar. De paso conozco un poco los laberintos de su billetera.
Como ya son menos las situaciones en las que tengo ganas de escribir, aprovechemos cada instante de voluntad excepcional, cada brote de perversión grupal. Nos quedan cuatro tomos de contrainformación relativa, puedo resumirlo en tres hojas y después contar una historia de piromaníacos.

— Voy caminando tranquilo por la avenida Croacia, en José C. Paz, entretenido con las posibilidades de concretar un principio desatado y conveniente. En eso aparece un sujeto con un sombrero descomunal en la cabeza. Sin decir nada, me toma una muestra de sangre. Yo trato de explicarle que venía concentrado en ficciones, le digo que no estaba pensando en serio. Pero el tipo desconfía. Muy apresurado intenta sacarse fotos conmigo. Le pide a un transeúnte que tome la cámara. El individuo cumple sus deseos. Los automóviles mientras tanto se atropellan. Algunos estafadores intercambian dinero por dinero y babean.

Manifiesto proporcionado por nuestro colega Leandro Ramírez, a través de un sistema de correos manoseado:

La forma de estallar el satélite ya roto en su aspecto. Roto en sus modales. Roto. La basura en los ojos. La basura de la forma. La basura rota. El arte de los que se comen el aspecto del mundo
cortado por la leche dentro de las venas

llenas de verdad innecesaria.
El día que todo esto deje de tener sentido voy a pedirles a todos ustedes su número de teléfono. Pero mientras tanto los secretos de la verdadera virginidad de las palabras nos fuerzan a perseguir
y a mentir
como los verdaderos y únicos hipócritas que vale la pena saludar.

Y yo quiero decirles que las grandes construcciones de sofismas no fueron cocidas para ustedes, porque ustedes no saben hacerse respetar.
Las invitaciones de las fiestas a las que me refiero fueron engendradas en secreto por una comitiva revolucionaria que pretende organizar y volver dolorosamente general el uso de un gusto destructor (de un sentido del gusto). Pero todo esto solamente es filosofía inadecuada, es filosofía histérica, y se supone que yo tengo interés nada más que en divertirlos.
Entonces puedo presentarles una broma, un acto de fe:

Dentro de un ambiente con paredes gruesas y groseramente acústicas, es decir, dentro de un bunker, atestado de latas de pintura roja y ovillos de cinta de casete, haríamos detonar una serie de bombas.
Significa trabajar con atentados, a diferentes escalas,
para criar las voces que dejan el molde de sus rostros
cortado en la pared.

editado en PDF
el 31 de enero de 2006